

Los Toros... más allá de las primeras impresiones

Vistos en retrospectiva, los últimos cotejos de la presente Serie Nacional parecieran haberse saldado con un balance desfavorable para Camagüey. Lo digo incluso sin contar con los resultados de este viernes. Pero como sea, a este editor le corresponde asumir una posición definida. Es esta: los Toros van bien, al margen de lo que pudiera pensarse luego de sus derrotas ante la formación "multiprovincial" que dirige Víctor Mesa.

De la semana que concluye se impone acotar el buen paso de Yariel Rodríguez (nuestro principal hombre sobre la lomita), y Leonel Segura (quien se mantiene entre los mejores bateadores a nivel de país). Colectivamente, el equipo se ha mantenido promediando muy bien a la ofensiva, pero a diferencia de otras jornadas, frente a Matanzas sus maderos no consiguieron ponerse en sincronía y terminaron dejando



Foto: Leonardo Pérez Pérez

17 hombres sobre las almohadillas entre miércoles y jueves.

Si hubiera que encender una luz roja, no quedan dudas de que el pitcheo sería la razón. Camagüey sigue necesitando encontrar brazos que solventen sus carencias al respecto. Dejando a un lado esos detalles, los Toros continúan alen-

tando grandes esperanzas. Si bien esta semana pudo cerrarse con mejores guarismos, a cualquier conocedor medianamente informado le queda la tranquilidad de que aún resta bastante camino por recorrer. Perder ante los favoritos no es motivo de deshonra, sino oportunidad de aprendizaje.

Adelante se acerca hoy a otra de las tantas historias escritas por Fidel de la mano del deporte. Sirva de reconocimiento a quien hizo tanto por convertir la práctica atlética en derecho de todos, y como anticipo de la primera fase del Torneo Nacional de Ascenso, que en su versión masculina transcurre desde hoy en Camagüey.

“Gardear a Fidel no era fácil”

Por Enrique Atiénzar Rivero. Foto: Orlando Durán Hernández

A 48 años de haber jugado baloncesto con Fidel, Omar Iglesias Cruz no duda un instante antes de recordarlo como el rival más difícil al que le tocara medirse en sus dieciséis años sobre los tabloncillos. “Era por la forma en que se desenvolvía y por su estatura. Todavía en aquella época los chiquitos teníamos cierta posibilidad de jugar, pero él pasa de 1.80, así que imagínate. ¡La diferencia era grande, grandel!”.

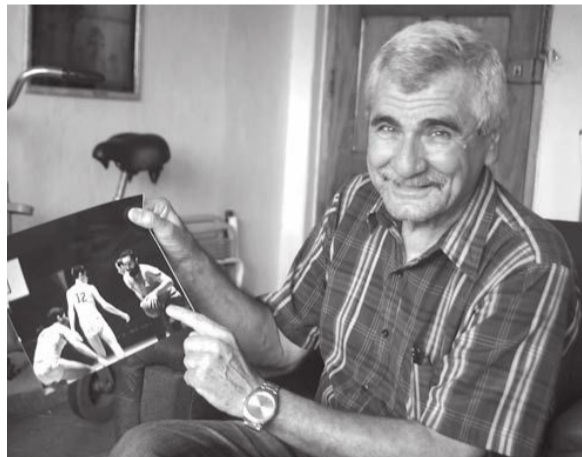
En 1968, Omar estudiaba el cuarto año de la carrera de ingeniero agrónomo en la Universidad Central Marta Abreu, de Las Villas, cuando lo convocaron a un evento que cree fue el único organizado por el Inder para jugar con Fidel. Allí se dieron cita deportistas de las seis antiguas provincias. Él era el único camagüeyano integrante del equipo de Las Villas y cumplía una responsabilidad fundamental dentro de la defensa.

“La tensión creció aún más cuando el *coach* me llamó y me dijo: ‘tú vas a *gardear* a Fidel’. ‘¿Yo?’, le pregunté incrédulo, pero su respuesta no me dejó opciones. ‘Sí, esa tarea es tuya’. Fue algo impactante para nosotros. Cuando terminamos el partido de baloncesto, el Comandante me cruzó el brazo por encima del hombro y nos dijo a todos: ‘ustedes juegan fuerte’”.

Omar recuerda cómo Fidel le propuso a Llanusa (José Llanusa Gobel, entonces presidente del Inder) extender el campeonato por unos días más, a lo que el dirigente deportivo respondió que eso no era posible, porque ellos eran estudiantes universitarios y tenían que regresar a las aulas.

“Fidel se concentraba en los partidos con todos sus sentidos, pero ni por eso perdía detalle de cuánto ocurría a su alrededor”, comenta Omar. “Era a la vez atleta y entrenador. Por ejemplo, una vez opinó que Llanusa no estaba jugando bien y mandó a sustituirlo por otro compañero. Era un practicante muy dedicado, aunque debido a la falta de tiempo no podía estar al día en cuanto a los cambios técnicos de la disciplina. Eso se veía cuando cobraba los tiros libres, un poco a la antigua y sin elevar suficientemente la pelota”.

Aprovecho para decirle a Omar que hace muchos años pasó por mis manos una revista del Colegio Belén, donde aparecía Fidel lanzando una pelota a un tablero de baloncesto, y el pie de grabado decía:



Omar, con el número 4 en la camiseta, fue un excelente defensor. En el choque frente a Fidel se empeñó en “no perderle ni pie ni pisada”.

“Despunta como un gran dirigente”. Le pregunto qué impresión le causó el Líder de la Revolución y si tuvo la oportunidad de volver a verlo en persona.

“Sí, varios años después. En 1986, cuando fungía como director de Relaciones Internacionales de la Universidad de Camagüey asistí en La Habana al primer encuentro entre rectores de universidades españolas y cubanas. Fue un evento al que Fidel le otorgó una gran importancia, por lo que nos acompañó casi en todo momento. De aquellas jornadas me quedó la imagen del Comandante intercambiando sobre los más diversos temas, aportando ideas. Me impresionó verlo y comprobar que no me había equivocado en seguirlo desde niño”.

Con el tiempo, Omar cumpliría una misión diplomática en Rumania, durante la cual apreciaría la universalidad del pensamiento fidelista. “He llegado a la conclusión de que en el siglo XX no hubo una personalidad tan grande como él. Y todavía en estos años del XXI no creo que haya otra persona que pueda compararsele”.

“Yo he tenido suerte con Fidel. Tuve la oportunidad de *gardearlo* y sentir el peso de su mirada. Diría que de las cosas importantes que me han pasado en la vida, el juego con Fidel fue la más significativa”.

“Cuando subí al ring ya era campeón”

A cargo de Amaury M. Valdivia Fernández



Por Félix Anazco Ramos. Foto: Otilio Rivero Delgado

Hace una semana, Camagüey recibió a su héroe deportivo del momento, el boxeador Julio César La Cruz Peraza. Después del agasajo popular en su actual domicilio del reparto El Retiro, el único campeón olímpico cubano de los 81 kg. hizo interesantes confesiones a *Adelante* sobre la Olimpiada de Río.

Sentado frente a su gran colección de trofeos, donde ahora cuelga la esperada presea estival, el ídolo de la Plaza de San Juan de Dios tomó un respiro tras la “paliza” de afecto que recibiera de la multitud que lo esperó hasta altas horas de la noche del viernes 26.

—**Antes de partir a Río, y durante la competencia, dabas la impresión de estar psicológicamente bien preparado, muy seguro de ti. ¿En algún momento pasó por tu cabeza el fiasco de Londres?**

—Por mi mente pasaron muchas cosas, no solo la derrota de hace cuatro años. En este período, además de sufrir por la “espinita” de Londres, sabes que fui víctima de un asalto y eso también me afectó, pero cada golpe me hizo más fuerte. En este ciclo me coroné dos veces campeón mundial, estuve casi perfecto en las series mundiales, y la Asociación Internacional de Boxeo me seleccionó como su mejor atleta; solo me faltaba Río.

“Mis entrenadores y psicólogos trabajaron mucho, pero te soy sincero: la confianza de la gente, de mis amigos y familiares, y de las autoridades del deporte y el país fueron mi mejor tratamiento”.

—**¿Cómo calificas el torneo boxístico de estas Olimpiadas?**

—No es autosuficiencia mía; fue la competencia de alto nivel en la que he peleado más fácil. Conocía a los rivales y todos me conocían a mí. Yo llegué siendo el campeón de todo y ellos tenían que ganarme, eso me favoreció para desplegar mi estilo de pe-

lea. Cuando llegamos a Brasil, Yumilka Ruiz, la doble titular olímpica del voleibol, me aconsejó que fuera fiel a mi estilo, que saliera a divertirme y que bailara sobre el ring, y así lo hice.

—**Mucho se ha hablado sobre tu forma de pelear; alguien hasta llegó a decir que lo que haces no es boxeo.**

—Que me digan qué es boxeo; para mí es dar y que no te den. No me gusta entrar en el intercambio constante porque ahí cualquiera te sorprende y te tumba. No soy un púgil que busque el nocao, le doy la posibilidad al rival de que me golpee; si lo logra es bueno; si no, yo soy mejor. Aunque no quiero dejar a nadie en ridículo, a veces termino haciéndolo porque la esquivas y la rapidez son mis principales armas.

“Creía, por ejemplo, que me seleccionarían como el mejor en las Olimpiadas y resulta que fue el uzbeko de los minimoscas, Hasanboy Dusmatov, un hombre muy combativo, pero que recibió su medalla con la cara llena de moretones. A mí casi no me tocan y mis contrincantes siempre se llevan unos cuantos golpes, lo demás es cuestión de gustos”.

—**¿En qué pensaba Julio César cuando iba rumbo al cuadrilátero para enfrentar al kazajo Niyazymbetov?**

—Tengo mis rituales. Mientras voy saltando bajo la mirada y me encomiendo a Oshún y a Elegguá, recuerdo a mis seres queridos que ya no están, como mi abuelita. Luego subo la cabeza, miro al público, pienso en mi gente de Camagüey, mis amigos, y sobre todo en mi niña y mi mamá, que son lo más importante en mi vida. Te confieso que en Río antes de la pelea ya me imaginaba a los cubanos gritando de alegría y pensé en el momento en que mi bandera subía a lo más alto y mi pueblo cantaba el himno junto a mí. Cuando subí al ring ya era campeón.